



”La Hoja roja” de Miguel Delibes

MIGUEL ANGEL PASTOR

Tras «Diario de un emigrante» Miguel Delibes clausura, al menos temporalmente, su ciclo del Lorenzo cazador y aventurero, para ofrecer en esa su marcha de regular creación «La hoja roja».

En principio conviene destacar que el último libro del novelista castellano tal vez sea el más completo y el más ambicioso de toda su obra. Juntamente con «Sisi» muestra una acabada técnica narrativa, si bien «La hoja roja» busca y logra un mayor equilibrio, una sedimen-

tación de pasiones que en ritmo creciente van ganando en claridad expositiva hasta llegar al final, siempre inesperado y siempre lógico.

Los personajes de M. D., bueno es apuntarlo, no son humanos en el estricto sentido de la expresión. El novelista, con esa su enorme fuerza, su prodigiosa capacidad descriptiva, rehace cada figura, adoba con minuciosidad cada gesto, cada tipo, adentrándose audazmente y con toda deliberación en el anacronismo o la falta

aparente de sentido lógico, fiel siempre a su idea primordial hasta llegar a dotar a su galería de gente de una hondura y una sensibilidad casi sin par en nuestras letras actuales.

Ha superado Delibes en su concepción creativa la vieja fórmula calcada de un molde realista a ultranza, según la idea sthendaliana. La ficción no es necesariamente la vida. No puede serlo. Pero ha de buscar por todos los medios lícitos a su alcance el parecerse lo más posible a ella, ha de tratar de infiltrar en quien lee, la génesis de esta vida en marcha, en traslación por el camino. Aunque el espejo que refleje la historia haya sido engrosado con una lente de aumento. Para llegar a este objetivo es preciso una condensación, un sacrificio o un aguzamiento de medios formales, pendientes exclusivamente del resultado final.

La peripecia postrera del cazador dejaba ya en el aire una incógnita que ahora se da totalmente resuelta. La gota de amargura que rezumara el emigrante frustrado, frente al desenfado optimista del cazador, mostraba ya un giro decisivo en la trayectoria del novelista. Un día Lorenzo, o su creador, lian su petate y se vuelven al hogar, a su pequeño vivir, calzan las zapatillas familiares y despezan un pequeño sueño. Mañana habrá que madrugar para volver al campo a soltar tiros a los pájaros, a vivir a pleno pulmón la libertad condicional que la civilización permite.

La vida es así, pero no es una broma, parece indicar constantemente esa anunciadora hoja roja del librito de papel de fumar, que da título al libro. La vida, más bien, es una tragedia apenas sin perfiles heroicos; el tiempo va, día a día, difuminando la expresión de las cosas, acorralando los sentimientos, pero el novelista llega en ese excepcional final de su libro a la más luminosa de las verdades: la unión por el dolor. A despecho de todo, se encuentran purificados por la pena y unidos por su propio desamparo la chica de servicio, casi elemental, y el viejo

jubilado y desamparado. Hay en toda esta novela una dureza de perfiles dirigida precisamente a un mundo burgués, que arrastra lánguidamente sus últimas consecuencias. ¡Qué vigorosidad de trazo la que apenas esboza en tenues pinceladas todo ese mundo! Miguel Delibes, hombre de nuestros días, se encuentra vacilando frente a una opuesta concepción del modo de vivir. De una parte el torrente que nace impetuoso, sin contacto, casi, con la civilización. Purc en su sabor de cumbre. De otra, los resultados postreros de una forma de vida falsa y parcial. Este es el dilema, el eje de la temática de «La hoja roja». M. D. se ha atrevido valientemente consigo mismo, con su mundo y el nuestro, aunque se reconozca atado, aunque le duela toda nuestra herencia.

No era necesario, dentro del estilo novelístico del escritor, recurrir a ese tópico gastado y fulgurante de la España negra. Quizá en algún momento Delibes paga su tributo a lo efímero de la moda. Así vemos romperse el mágico diapasón de su relato, de cuando en cuando, como en el momento en que el Picaza degüella innoblemente a una asustada meretriz. La marcha, el desarrollo de la narración no precisaba, con toda su gran fuerza de espectacularidad, de este efecto.

De la ya copiosa obra de M. D., ésta que se menciona, posiblemente sea la de más fuerza, la más plenamente cuajada. Dentro de ese dúo central descuella, porque así lo ha querido su autor, la criadita pueblerina, la Desi, en quien se ha volcado todo el cariño y toda la atención. La incalculable fuerza simbólica de la chica de servicio escapa del riguroso análisis para llegar, por su propia enjundia, a categoría de mito. Toda aquella poesía subyacente en «El camino», reducida en aquella pequeña joya, a ecos de nostalgia y paraísos perdidos, se encuentra viva y pudorosamente disimulada en el símbolo de esta mujer. Por eso más vibrante y patética.

Junto a los extraordinarios méritos que concurren en la novela, no podemos silenciar los pequeños defectos inherentes, casi en general, a toda la producción de Miguel Delibes y que éste, posiblemente de forma intencional, apenas se preocupa en soslayar. A veces se le ha ido el pulso en la fijación de los personajes y sus reacciones, desdibujando alguno de ellos e insistiendo, sobre todo en la primera parte del libro, en alguna monotonía que, aunque provocada, resulta reticente. En otras ocasiones, a fin de forzar el necesario contrapunto M. D. se complace en la crueldad. La gran humanidad del escritor se revuelve airada contra un mundo sórdido y mezquino, que cierra cautamente sus ojos ante el gran examen de dolor a que la vida convoca diariamente. Miguel Delibes se esfuerza en exagerar

la nota trágica y grotesca con el propósito de lograr el contraste relumbrador. Algo que verdaderamente no necesita. Quede destacado, por último y como síntesis, que «La Hoja roja» es una novela de excepcional valor, como posiblemente reconocerá la crítica. Uno de esos libros, cada vez más escasos, donde fluye la existencia a borbotones. Con el marchamo del testimonio, que es bandera del presente hacer literario universal. Como todas las obras maestras, imperfecto, en la humana y honrada limitación de quien ha superado dentro de sí mismo la vanidad de la postura, ese mortal cáncer que corroee nuestras letras. Un puente —en suma— de fraternidad y esperanza, que Miguel Delibes tiende a los hombres de buena voluntad.



